









































hacia mí la cabeza y hacerme una seña como a un cómplice de su amistad, pensé que hubiera debido seguirlo. Detrás de su puerta debía de haber algún misterio oculto, una invitación a la alegría, a vivir una vida sin miedo.

Desde mi casa hay solo dos pasos hasta la de Robert. A veces nos encontramos en un café para desayunar; otras, por la tarde, en su apartamento, para tomar un café aguado; y con bastante seguridad por la noche, en el Charlie. La máquina del millón del Charlie aún no emite ruiditos electrónicos, y cuando la bola se acerca a los disparadores, echamos todo el peso del cuerpo sobre la caja del aparato. Este reacciona tan lentamente que nunca hemos podido ahuyentar la sospecha de que funciona según el principio de la polea.

Conocí a Robert en Berlín oriental, y enseguida supe que me apetecía tenerlo como amigo. Me gustaron su mirada rápida, extrañamente obstinada, y su manera de alzar los hombros hasta las orejas cuando explica algo. Robert no habla con cualquiera, pero cuando habla con alguien, lo hace como si en la habitación solo existieran su interlocutor y él mismo. Aunque no es bajo, siempre se las arregla para mirarlo a uno de abajo arriba, y a veces se advierte un brillo radiante en sus ojos. Los corpúsculos de su iris se dispersan entonces como fuegos artificiales antes de concentrarse nuevamente en torno a la pupila, cual lluvia de chispas después de una explosión.

En la RDA no hay tragaperras. Ya unos meses después de llegar a Occidente me enseñó Robert, en el Charlie, el punto en la máquina del millón donde hay que pillar las bolas para poder lanzarlas por la pista de rodadura más ventajosa. Me hizo una demostración de cómo hay que interceptarlas y dejarlas rodar lentamente a lo largo del disparador, hasta el punto a partir del cual es posible dar en los